

Florencio Gelabert

Gerardo Mosquera

La diáspora de artistas cubanos en los 90 ha despertado muchas interrogantes. Una de las más frecuentes se pregunta acerca del futuro de su obra en tierra extraña, dados sus vínculos tan directos con el contexto de la isla. Otra preocupación contigua es el influjo negativo que puede tener el mercado sobre una práctica cultural que se desarrolló fuera de presiones económicas, sin hacer concesiones artísticas. Hasta ahora, en contra de algunas expectativas, en la mayor parte de los casos las obras se han mantenido, han mejorado o han encontrado nuevos derroteros. La posibilidad de concentrarse en el trabajo sin las mil constricciones materiales y espirituales que se sufren en Cuba, parece haber sido crucial para la mayoría de los artistas.

Florencio Gelabert fue el primero de su generación en establecerse en Miami. En su caso el exilio condicionó no sólo superar la desorientación que sufría su obra, sino alcanzar su máximo momento artístico. Desde 1991 su trabajo consigue una coherencia general. Su poética se afina en un lenguaje específico, llevando al máximo su capacidad de concentración expresiva. El interés matérico prevalece por encima del espacial y el constructivo, interiorizando la presencia del *minimal* en calidad de estructura, fundida dentro del discurso, como condensador de la expresividad de los materiales. Ocurre una estilización pero no en el mal sentido de la palabra, pues, por el contrario, las piezas ganan una rudeza y hasta una agresividad de gran impacto en términos visuales, físicos (en su presencia como objetos) y emotivos. Se trata en realidad de una depuración y resolución de su lenguaje.

La obra actual de Gelabert cumple las promesas de su comienzo, al comunicar una condensadísima y ruda poesía de la dialéctica entre el objeto y sus materiales, o, mejor, entre el material y sus objetos — pues su búsqueda parte ante todo de la materia— junto con una expresión simbólica que alude a la agresión, la defensa, y sus intercambios. Aparte de los valores intrínsecos de su obra, ésta constituye un espacio único dentro del arte cubano, signado por la personalidad de su autor más que por los procesos artísticos y culturales. A pesar de haber participado desde temprano en el movimiento de renovación de los 80 Gelabert ha permanecido fuera de sus orientaciones generales (afán analítico y conceptualizador, cosmovisiones no occidentales, cultura vernácula, crítica social, cultural, política y de la representación, apropiación directa, etc.), siguiendo como un camino aparte. De igual manera, es un caso único en la trayectoria de la escultura en Cuba. Un «extraño en la escultura» y en todas partes.